

Patricia Calvo González

# ¡Hay un barbudo en mi portada!

La etapa insurreccional cubana  
a través de los medios de comunicación  
y la propaganda 1952-1958



Patricia Calvo González

¡HAY UN BARBUDO EN MI PORTADA!

LA ETAPA INSURRECCIONAL CUBANA A TRAVÉS  
DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN  
Y LA PROPAGANDA 1952-1958



TIEMPO EMULADO  
HISTORIA DE AMÉRICA Y ESPAÑA  
78

La cita de Cervantes que convierte a la historia en “madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir”, cita que Borges reproduce para ejemplificar la reescritura polémica de su “Pierre Menard, autor del Quijote”, nos sirve para dar nombre a esta colección de estudios históricos de uno y otro lado del Atlántico, en la seguridad de que son complementarias, que se precisan, se estimulan y se explican mutuamente las historias paralelas de América y España.

Consejo editorial de la colección:

Walther L. Bernecker  
(Universität Erlangen-Nürnberg)

Arndt Brendecke  
(Ludwig-Maximilians-Universität, München)

Jorge Cañizares Esguerra  
(The University of Texas at Austin)

Jaime Contreras  
(Universidad de Alcalá de Henares)

Pedro Guibovich Pérez  
(Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima)

Elena Hernández Sandoica

(Universidad Complutense de Madrid)

Clara E. Lida  
(El Colegio de México, México D. F.)

Rosa María Martínez de Codes  
(Universidad Complutense de Madrid)

Pedro Pérez Herrero  
(Universidad de Alcalá de Henares)

Jean Piel  
(Université Paris VII)

Barbara Potthast  
(Universität zu Köln)

Hilda Sabato  
(Universidad de Buenos Aires)

Patricia Calvo González

¡HAY UN BARBUDO  
EN MI PORTADA!

LA ETAPA INSURRECCIONAL CUBANA  
A TRAVÉS DE LOS MEDIOS  
DE COMUNICACIÓN Y LA PROPAGANDA  
1952-1958

Este libro se ha publicado con el apoyo de la Cátedra de Cultura Cubana “Alejo Carpentier” y el grupo de investigación HistAmérica (Universidade de Santiago de Compostela).



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Derechos reservados

© Iberoamericana, 2021

Amor de Dios, 1 - E-28014 Madrid

Tel.: +34 91 429 35 22

Fax: +34 91 429 53 97

© Vervuert, 2021

Elisabethenstr. 3-9 - D-60594 Frankfurt am Main

Tel.: +49 69 597 46 17

Fax: +49 69 597 87 43

[info@iberoamericanalibros.com](mailto:info@iberoamericanalibros.com)

[www.iberoamericana-vervuert.es](http://www.iberoamericana-vervuert.es)

ISBN 978-84-9192-201-8 (Iberoamericana)

ISBN 978-3-96869-131-2 (Vervuert)

ISBN 978-3-96869-132-9 (eBook)

Depósito Legal: M-6230-2021

Diseño de cubierta: Rubén Salgueiros

*“Los periodistas serán los historiadores de esta Revolución”*  
Che Guevara

*“Sin prensa no iremos a ninguna parte”*  
General Máximo Gómez

A Pilar y a Eduardo  
A la familia de sangre y a la elegida  
A la familia HistAmérica  
A Edu, por ser y por estar

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN

## 1. Contextualizando: quiénes, cómo y por qué

La Cuba de los años cincuenta

Insurrección y revolución en la tradición cubana

La insurrección a través de un grupo armado: el M26J

El panorama mediático en la década de los cincuenta

Cuba como foco de atención mediática: antecedentes

La comunicación en la estrategia revolucionaria

## 2. La prensa cubana durante la insurrección

Visiones de la insurrección desde dentro

Los periodistas cubanos: de la seducción al desencanto

Influencias y aportaciones

## 3. Prensa clandestina y propaganda: los canales y el discurso

M26J: *Revolución y Sierra Maestra*

M26J: Radio Rebelde

DR: *Alma Mater y Boletín 13 de Marzo*

Mismo objetivo, diferentes tácticas

4. La prensa internacional: desde Estados Unidos con amor  
El interés por la Cuba insurrecta y la construcción del mito  
La repercusión de los periodistas estadounidenses  
*The New York Times* como medio influyente  
Internacionalización tras el secuestro de Fangio: los golpes de efecto
5. La prensa internacional: Europa y Latinoamérica  
La insurrección vista desde Europa: Enrique Meneses  
Voces latinoamericanas
6. Construcción de la dimensión pública: a modo de conclusión  
“Marketing revolucionario”  
Enmarcando la insurrección  
La construcción icónica e identitaria de la dimensión pública: Fidel Castro

## BIBLIOGRAFÍA

## ANEXOS

- I. Fuentes orales
- II. Fondos documentales
- III. Fuentes hemerográficas
- IV. Tablas de datos

## ÍNDICE DE SIGLAS, ACRÓNIMOS Y ABREVIATURAS

## ÍNDICE DE TABLAS

## ÍNDICE DE FIGURAS

# PRESENTACIÓN

La publicación de la investigación doctoral de Patricia Calvo nos trae a la memoria el día en que, cuando era estudiante de máster, hace más de una década, llegó a nuestro despacho pertrechada con su inefable libreta de notas de Hello Kitty y con la inseguridad de quien quiere plantear algo importante y teme más la respuesta que vaya a recibir que el posible desacierto del planteamiento. Y es que, sin duda, algunas decisiones importantes en la vida suelen tomarse sin tener total certeza de su viabilidad y están impulsadas más por la voluntad que por la racionalidad estricta del cálculo de costes y beneficios. No hubiésemos llegado donde estamos como sociedad si fuese de otro modo.

Como corresponde a muchos jóvenes investigadores en formación, Patricia Calvo sabía cuál era el camino que quería comenzar, aunque no tuviese tan definido el rumbo que debía seguir. Lo que desde luego sí tenía claro era que su proyecto debía unir sus dos querencias académicas: la comunicación, en la que se licenció, y la historia, en la que aspiraba a doctorarse. La segunda tenía que ver con una Cuba que le fue descubierta paulatinamente en algunas clases de los cursos de máster y en ciertas lecturas que la venían ocupando desde hacía algún tiempo.

Con ese bagaje llegó ante nosotros con el fin de plantearnos una idea de investigación y, lo más importante y que más inquietud le causaba, la posibilidad de una tutorización académica que no sabía si sería aceptada. Y como si el tiempo girase en torno a sí mismo —como llegó a concluir al final de sus cien años Úrsula Iguarán—, y aunque Patricia Calvo no lo supiese, aquella escena repetía otra de algunos años atrás que habían protagonizado quienes ahora firmamos esta presentación, uno como aspirante temeroso a acertar con el planteamiento de su tesis doctoral y otra como posible directora de la misma.

Aquella mañana en que recibimos la visita de Patricia había de comenzar una relación académica y personal que, hasta hoy, ha sido fuente de muchas satisfacciones, no pocos obstáculos y algún que otro desencanto. Desde entonces, Patricia Calvo comenzó a transitar por una senda, la de la investigación, tan satisfactoria en lo personal e intelectual, como poco agradecida en sus consecuencias desde el punto de vista laboral. En ese camino, que realizó compaginando sus tareas de gestión académica y científica en el grupo de investigación HistAmérica con su investigación doctoral, puso todo su empeño y su buen hacer. Quizá pensó en algún momento que había sido afortunada por aterrizar en un ámbito universitario que se caracteriza, y de ello presumimos sin ningún tipo de rubor, por la importancia de las relaciones humanas más allá de lo puramente académico, lo que, por cierto, no siempre coincide con todos los espacios de investigación. Pero lo que acaso desconocía es que, en realidad, la fortuna había sido mayor para ese espacio y para quienes tratábamos de construirlo por contar con ella. Sus conocimientos en comunicación, sus habilidades técnicas, el aplomo y tranquilidad con los que cubre sus constantes inquietudes, nos aportaron más a nosotros como grupo de investigación, como tutores y como compañeros, de lo que posiblemente nosotros le devolvimos durante el desarrollo de su trabajo.

Unir comunicación e historia en torno a Cuba, y hacerlo tras un curso dedicado a conflictos, violencia y movimientos revolucionarios en América Latina, no podía concluir más que en el proceso insurgente que se produjo en la isla en la segunda mitad del siglo xx. La idea de abordar la dimensión pública de la Revolución cubana, el rol desempeñado por los medios y la comunicación en la construcción del proceso, de sus figuras, y el peso que adquirieron durante los años de lucha, fue el primer acierto de Patricia Calvo, pues eran temas que apenas habían sido estudiados. Ciertamente es que resultaba de conocimiento común el papel ejercido por los artículos del *New York Times* en febrero de 1957 para poner a la insurgencia castrista en el tablero de juego opositor a Batista. Pero, más allá de esa generalidad, no se había profundizado en esa dimensión. Por otra parte, aunque el rol de la comunicación en los procesos de movilización sociopolítica ya había sido teorizado desde algunos ámbitos de las ciencias sociales, se encontraba bastante alejado de las investigaciones específicas, tanto de las relacionadas con la Revolución cubana como con las vinculadas a otros movimientos (insurgentes o no) en la América Latina de los cincuenta y sesenta.

Fue, por tanto, en ese espacio donde Patricia Calvo encontró su nicho de investigación. Y con ello nos referimos no solo a un hueco historiográfico que podía cubrir de modo puntual con su trabajo doctoral, sino que supuso el inicio de una línea de trabajo que, consolidada por sus aportaciones y las de algunos otros jóvenes investigadores, ha permitido reconsiderar las movilizaciones revolucionarias, más allá de sus categorías de análisis clásicas (ideología, organización, actividad), teniendo en cuenta su repercusión pública, sus vínculos con la sociedad, la construcción de marcos interpretativos y la influencia de todo ello en las decisiones tanto personales como colectivas de movilización.

Desde la finalización y defensa de su tesis doctoral en 2014, que condensó de modo brillante tanto la propuesta

inicial como la riqueza de nuevas aristas encontradas y resueltas durante aquel camino, su trabajo se ha visto notoriamente enriquecido por sus investigaciones posdoctorales llevadas a cabo con otras fuentes de diferentes acervos documentales de Cuba, Reino Unido, Alemania y Holanda. Estas ampliaron los límites de lo realizado hasta entonces, completándolo y permitiéndole alcanzar una madurez de la que ahora es reflejo esta obra. Porque, si bien, por una parte, hubiese sido deseable una temprana publicación de aquella tesis —muchas de cuyas particularidades ya conocimos a través de artículos, capítulos de libros y presentaciones en foros académicos internacionales—, la paciencia ha sido de nuevo buena consejera al mostrarnos cómo esa maduración y ampliación de aquel trabajo tiene ahora magníficos resultados.

La obra que ahora presentamos aún toda esa trayectoria para darnos una visión detallada del proceso insurreccional cubano entre 1956 y 1958 a través de otras miradas: las de los periodistas que lo acompañaron, las de las imágenes que se crearon a su alrededor y las de los medios que lo difundieron. Se trata de una propuesta innovadora no solo por cuanto profundiza en aspectos antes solo citados en su generalidad, pero desconocidos en su detalle, sino y, sobre todo, por el aporte que realiza desde el punto de vista tanto teórico como empírico. En cuanto a lo primero, confronta diferentes perspectivas y corrientes académicas que no siempre han dialogado suficiente ni convenientemente. Nos referimos a los análisis de la movilización social efectuados tanto desde la sociología como desde la ciencia política, a los estudios de comunicación y a la historia. La acción colectiva que analizan los primeros tiene una de sus dimensiones explicativas fundamentales en su difusión simbólica y mediática, por lo que la comunicación es clave tanto para la generación como para la transmisión; pero ni el lenguaje, ni los símbolos, ni los mensajes pueden ser descodificados sin insertarlos en su dimensión histórica real,

en aquel conjunto de códigos sociales y políticos que permiten no solo comprender las propuestas de movilización, sino también posicionarse con respecto a ellas.

Esto es lo que analiza la obra de Patricia Calvo de modo brillante. Por un lado, parte del contexto real de la Cuba de los cincuenta y la movilización general contra la dictadura de Batista para comprender el lugar que ocupaba el Movimiento 26 de Julio encabezado por Fidel Castro; por otro, analiza las lógicas que contribuyeron a su triunfo en el proceso insurreccional, tomándolo como consecución del objetivo principal (derrocamiento de Batista), pero también como afirmación de un liderazgo que le permitiría asumir el poder. Dicho de otro modo, la cuestión esencial en la que Patricia Calvo se centra podría resumirse en cómo y por qué un sector de la oposición al régimen dictatorial, posiblemente el que en sus inicios y a efectos prácticos era el peor situado de todos —huido, escaso de fuerzas, distanciado de los centros de poder que a su vez lo eran de difusión de su mensaje, de reclutamiento y de captación de recursos—, en poco más de dos años logra ser el centro de la insurrección y encabezarla prácticamente sin rivalidad alguna, al punto que tras el derrocamiento del dictador pudo alzarse con todo el poder.

Esta pregunta clave a la que responde la obra se desliza desde el capítulo inicial referido al contexto donde se presenta la coyuntura, los distintos actores y el panorama mediático sobre el que estos van a influir. La respuesta se irá vislumbrando a partir de los siguientes, cuyo eje vertebrador está constituido por el análisis de la prensa cubana, oficial y clandestina, y la prensa internacional. A través de estos canales la autora va desgranando, por una parte, lo relativo a la construcción simbólica del castrismo desde Sierra Maestra como clave para hacerse con la hegemonía política y militar de la insurrección y, por otra, el

papel que tuvieron en el proceso que culminó con el triunfo revolucionario el 1 de enero de 1959.

Este libro, que sin duda cubre un vacío importante en el ámbito de las dos querencias académicas de su autora, señaladas al principio, representa no solo su logro personal, sino también el colectivo del grupo HistAmérica de la Universidad de Santiago de Compostela, que tiene la honra de contarla entre sus integrantes. Cuenta, además, con el auspicio de la Cátedra de Cultura Cubana “Alejo Carpentier” de la misma institución académica, a la que agradecemos su generosidad, así como con el prestigio de una de las editoriales más importantes en la difusión de investigaciones sobre la historia de América Latina, otra querencia que, en este caso, es compartida por todos quienes, de algún modo, han contribuido a que su publicación haya llegado a buen puerto.

Eduardo Rey Tristán y Pilar Cagiao Vila  
Santiago de Compostela, marzo, 2021

# INTRODUCCIÓN

Para bien o para mal, hoy en día todo el mundo tiene una opinión acerca de Cuba. ¿Nunca se han preguntado por qué? ¿Por qué una pequeña isla, con poco más de once millones de habitantes<sup>1</sup>, genera tal fervor/odio y tantos puntos de vista? La respuesta se encuentra en el uso y las prácticas de los medios de comunicación y la propaganda. A finales de la década de 1950, la prensa incluyó en un lugar preferencial de sus agendas temáticas la lucha de un grupo de barbudos apostados en Sierra Maestra. La imagen de aquellos guerrilleros embutidos en trajes verde oliva, blandiendo fusiles y habanos en terrenos inhóspitos, se hizo famosa internacionalmente, confiriéndoles un halo de salvadores, de unos Robin Hood que luchaban contra la represión y la corrupción. La causa y las vivencias de *les barbús de Fidel*<sup>2</sup> se convirtieron en objeto de debate dentro y fuera de las fronteras cubanas. El proceso insurreccional no contó tan solo con sustento logístico y armamentístico, tuvo a su favor un arma mayor: la opinión pública. La transcendencia alcanzada se apoyó en la notoriedad otorgada desde los medios de comunicación, consiguiendo que la lucha se hiciera eco en el plano internacional. Entonces, ¿hasta qué punto la prensa intervino en el conflicto cubano?, ¿cómo fue la relación entre la guerrilla y

los medios de comunicación?, ¿qué y cómo se contaba lo acontecido en la Cuba de finales de los cincuenta?

A grandes rasgos, este es el punto de partida de las presentes líneas, que analizan el papel desempeñado por los medios de comunicación y la propaganda en la insurrección cubana, poniendo el foco en los años 1957 y 1958, periodo de recrudecimiento de las acciones por parte de la oposición batistiana —que se inicia con el desembarco del *Granma* el 2 de diciembre de 1956 y se remata el 1 de enero de 1959 con la huida de Batista— y fecha clave en lo concerniente a la creación iconográfica, discursiva e ideológica. Este punto de vista abre una nueva vía a la hora de abordar el conocimiento histórico del proceso revolucionario cubano, tomando como referencia la labor desempeñada por los medios de comunicación y la propaganda y su función dentro de las movilizaciones sociopolíticas. Por ello, hablamos de *dimensión pública*, como fórmula que abarca ambas cuestiones —medios de comunicación y propaganda— en la forma de hacer visible el hecho histórico ante determinadas audiencias de un modo global, pero que, en el fondo, atienden a diferentes dinámicas explicativas y de actuación<sup>3</sup>. La configuración histórica de la sociedad actual discurre, en buena medida, por el canal de la dimensión pública, una noción que comprende los esfuerzos en políticas comunicativas y de propaganda de los actores sociales y cuyo análisis requiere profundizar tanto en ese nivel “público” al que hace referencia el término, como en un nivel interno del actor objeto de estudio. Conjuguar ambas perspectivas provoca una reconstrucción holística del proceso histórico a partir del discurso mediático y propagandístico, que se divide en “lo que se cuenta” —es decir, lo que publican/emiten los medios de comunicación—, y “lo que cuentan” —esto es, lo que los propios actores sociales publican/emiten—.

Los textos que versan sobre las movilizaciones sociopolíticas y las teorías surgidas sobre el tema son

determinantes para extraer una inicial conclusión acerca de lo decisivo del rol desempeñado por los medios de comunicación en estas dinámicas, sobre todo en el plano cultural y enmarcador de las movilizaciones, condicionando en muchos casos el consenso social, las relaciones con el poder político o la cohesión del propio movimiento (McAdam, McCarthy, Zald, 1999: 21-46). Así las cosas, nos preguntamos: ¿en qué términos se produjo la relación entre los revolucionarios y la prensa?, ¿qué estrategias siguieron los guerrilleros para despertar el interés de los medios internacionales?, ¿cuál fue el papel de los periodistas que estuvieron en Sierra Maestra?, ¿qué imagen de la guerrilla trasladaron al mundo?, o ¿en qué medida influyó esta publicidad en el desarrollo del conflicto? La respuesta se basa en esa dimensión pública como variable fundamental —aunque no única— para la consolidación del movimiento revolucionario, necesaria para el éxito que consiguieron los insurrectos en 1959 y para la creación de una opinión pública que modificó las oportunidades políticas a su favor. Existía una consciencia por parte de los revolucionarios de que la victoria no dependía únicamente de la habilidad bélica: había que sumarle una política comunicacional que los presentara ante la opinión pública como la única opción válida para la resolución de los problemas del pueblo cubano. Esta campaña se orientó en una doble dimensión nacional e internacional, buscando la movilización y la guerra psicológica dentro de las fronteras cubanas y la pérdida de apoyos al régimen que enfrentaban y su debilitamiento, con la difusión del conflicto en el extranjero.

Y es que la movilización simbólica acompaña a todo movimiento moderno, “desde el uso de simples casacas militares por parte de los comunistas rusos y chinos, al esplendor pagano de los jefes fascistas, al simple *khadi* de los nacionalistas indios y las descuidadas barbas de los guerrilleros latinoamericanos” (Tarrow, 1997: 208), una profusión directamente relacionada con la búsqueda de

notoriedad a través de los medios. Entender el funcionamiento de la acción colectiva sin la influencia mediática es limitar las investigaciones en este campo, ya que, a partir de 1945, a los ataques físicos se le sumaron “las historias fabricadas por un periodista” (Gamson, 1990). Los medios de comunicación se alzan como instrumentos para la acción colectiva, consolidando y reafirmando —o no— los movimientos, en el sentido de creación de una imagen representativa y de movilización de la opinión pública. El lenguaje y los símbolos son usados por los activistas para amplificar el alcance de sus mensajes, que se relacionan con ideas, creencias o valores culturalmente definidos y enraizados, que dotan de valor y potencial de acción el discurso mediático. Este hecho redonda y complementa las oportunidades políticas y las estructuras del movimiento, influyendo en el devenir de la movilización de forma decisiva. Pero si las movilizaciones usan símbolos para hacerse notar, los medios son los que poseen la capacidad para graduar la relevancia de la información que se va a difundir, dándole un orden de prioridad para obtener mayor audiencia, mayor impacto y una determinada conciencia sobre la noticia, esto es, los temas que son relevantes para la prensa se convierten en temas importantes para el público.

Saldrás cuando aparezca un buen práctico —replica—. Es muy fácil perderse por estos montes. Y llegar a lo de Fidel te llevará varios días. Nuestra obligación es moverlos a ustedes con igual seguridad que los soldados. Creo que los periodistas serán los historiadores de esta Revolución —dice premonitorio y sonriente (Guerra Alemán, 1971: 48).

Estas palabras de Ernesto Che Guevara, reproducidas por el periodista cubano José Guerra Alemán en su libro *Barro y cenizas* (1971), ilustran la importancia que tuvo el factor mediático dentro del proceso revolucionario cubano. Por ello, en este trabajo las fuentes hemerográficas funcionan como el recurso primario, no para elaborar un relato a partir de estos datos, sino para centrar el foco en la importancia

que las publicaciones dieron a las noticias, reportajes y entrevistas sobre la insurrección cubana, así como a la imagen que de ella transmitieron. Hasta el momento, la literatura acerca del proceso revolucionario es rica en cuanto a volumen, pero limitada en cuanto a contenido, metodología y temática. Los testimonios, las biografías y las crónicas copan una producción historiográfica que parece ha permanecido estática a lo largo de más de sesenta años, a pesar de crecer en número y de introducir nuevas visiones desde el punto de vista académico. Las limitaciones para la profundización en esta etapa se deben, en gran medida, a la reserva por parte de Cuba al acceso documental de la época. Además, a partir de la subida al poder de Fidel Castro, se han publicado y difundido desde la isla obras desde una misma perspectiva, versión que se repite en gran parte de los libros sobre la insurrección y que, en mayor o menor proporción, son referencia para el resto de los estudios que se han llevado a cabo. La historiografía sobre el período se caracteriza por ofrecer una visión heroica de lo conseguido en Sierra Maestra, obviando muchos aspectos de la oposición general en Cuba —que no solo estaba conformada por el Ejército Rebelde<sup>4</sup>— y estableciendo la insurrección armada en las montañas como único artífice y desencadenante de la victoria sobre Batista, base de la “teoría del foco” de Ernesto Che Guevara (Calvo, 2014).

Desde el punto de vista temático y metodológico, el período insurreccional ha sido altamente caracterizado al respecto de las oportunidades políticas y las estructuras de movilización, dejando a los procesos enmarcadores como un tercer elemento en una iniciática exploración. Ha habido avances en el terreno de la ideología y el discurso en la génesis insurreccional, pero existe un notable vacío en lo que se refiere al estudio de los medios de comunicación de la época en relación con la rebeldía cubana y al uso de la propaganda por parte de la guerrilla. Dicha cuestión la mencionan algunos autores cuando indican que el

componente mediático fue más determinante que las balas y lanzan insinuaciones acerca de la extrema importancia de los factores externos a las acciones de las fuerzas irregulares: el Ejército Rebelde “ganó la partida simplemente al sobrevivir primero y, más tarde, al resistir los embates del ejército de Batista” (Pérez-Stable, 1998: 105), o que la huida de Batista fue “una derrota de relaciones públicas” (Thomas, Fauriol y Weiss, 1985: 27). Estas líneas pretenden aportar su granito de arena como estudio sistematizado que demuestre tales hechos.

Centrar la atención en la Cuba de finales de los años cincuenta conlleva entonces desmenuzar sus variables para observar el conflicto cubano desde la perspectiva de la dimensión pública. Para ello, se ha dividido el libro en dos partes diferenciadas. En primer lugar, es pertinente centrarse en el significado del proceso insurreccional cubano y de su alcance dentro de la Revolución Cubana en general, y en contextualizar históricamente el tema objeto de estudio. El primer capítulo plasma los antecedentes de dicha insurrección, un acercamiento preliminar que ha supuesto que la medición en términos propagandísticos se haya circunscrito casi en exclusiva, dentro de la oposición al régimen de Fulgencio Batista, al Movimiento 26 de Julio (M26J). A pesar de existir diferentes grupos opositores que abanderaban la utilización de la violencia como método para el derrocamiento de Batista, el grupo liderado por Fidel Castro fue el que finalmente se hizo con la dirección del levantamiento y el que resultó más prolífico a la hora de dar a conocer sus intenciones, tanto en el nivel clandestino — con varias publicaciones y la emisora Radio Rebelde— como dentro de las agendas de los medios de comunicación. El objetivo es situar la insurrección en la historia y mostrar cómo funcionaban las dinámicas comunicativas en el plano internacional y nacional durante la década de los cincuenta.

En segundo lugar, se ha realizado una exposición acerca de la dimensión pública, el simbolismo de su utilización y la

importancia de los medios de comunicación y de la propaganda. Para ello, y en relación con estos conceptos, se ha configurado esta parte en base a tres vertientes: la prensa cubana —capítulo 2—, la prensa clandestina —capítulo 3— y la prensa internacional —capítulos 4 y 5—. Realizar un análisis diferenciado supone profundizar de forma sistemática e individualizada en cada una de las patas sobre las que se asienta la dinámica comunicacional de la insurrección. De este modo, a partir de conclusiones aisladas, se ha procurado la confección de un mapa global que muestre el significado de la notoriedad otorgada por los medios a la insurrección cubana, así como la relevancia de lo que hemos denominado marketing revolucionario, es decir, las estrategias seguidas por los guerrilleros para vender sus acciones y pensamientos. La unión de ambos preceptos conforma la visión pública de los mensajes, la ideología y los actos llevados a cabo en aquellos años y que repercutieron de forma definitiva en el devenir histórico de la isla.

Existe un libro que versa sobre uno de los periodistas que se adentraron en Sierra Maestra para informar de primera mano de lo que allí estaba aconteciendo titulado *El hombre que inventó a Fidel* (DePalma, 2007). ¿Premonición o realidad? Vamos a comprobarlo.

- 
1. Por ponerlo en perspectiva, solo en la ciudad de El Cairo viven algo más de dieciséis millones de personas, o Tokio, donde el censo supera los catorce millones.
  2. *Paris-Match*, “A l’assaut de Cuba. Les barbus de Fidel”, 12/04/1958, p. 1. En el titular que dio la revista francesa a su reportaje sobre la Revolución Cubana en su nº 470 aparecía así retratada la guerrilla cubana.
  3. Para dicha nomenclatura, hemos tomado como referencia el término *public diplomacy*, acuñado en Estados Unidos para referirse a las actividades que realiza un gobierno con el fin de influir en las actitudes del público de un país extranjero (Niño, 2009).
  4. Con algunas excepciones, como el trabajo de Sweig (2002).

# **1. CONTEXTUALIZANDO: QUIÉNES, CÓMO Y POR QUÉ**

## LA CUBA DE LOS AÑOS CINCUENTA

### **Batista**

Comprender las motivaciones y el discurso revolucionario contenidos en el mensaje lanzado por los medios de comunicación objeto de estudio, pasa por realizar un análisis de los antecedentes históricos donde se inserta la etapa insurreccional. Dicha retrospectiva es la base para comprender el contenido mediático y caracterizarlo de forma precisa en su contexto. Según Laswell (1985 [1955]: 205), el proceso de la comunicación en la sociedad realiza tres funciones: vigilancia del entorno, correlación de los componentes de la sociedad y transmisión del legado social. Por tanto, es necesario aprehender el escenario, los valores y la identidad del grupo en el que se focaliza la investigación para poder revelar el significado mediático que se está buscando.

Si se quiere buscar un punto exacto en el tiempo en el que el clima insurreccional empieza a resurgir en Cuba, este sería el 10 de marzo de 1952, fecha en la que Fulgencio Batista se hace con el poder a través de un golpe de Estado. El que ya fuera presidente de la República entre 1940 y 1944, legalmente electo a través de comicios, volvía al cargo, pero en circunstancias bien diferentes: “La asonada

castrense interrumpió el proceso electoral cuando apenas faltaban tres meses para los comicios presidenciales que se venían celebrando regularmente desde la puesta en vigor de la Constitución de 1940” (Guerra y Maldonado, 2005: 36).

Según Pérez-Stable (1998: 30-31), en la década de los cincuenta, veinte años después de la revolución de 1933 y de la abolición de la Enmienda Platt, el sistema político cubano todavía no había llegado a madurar, y ninguna de las tres administraciones de los años cuarenta había logrado consolidar un Estado de derecho. La misma autora apunta que las elecciones celebradas regularmente habían decidido liderazgos políticos, pero la corrupción y la falta de ética pública obstaculizaban el ejercicio del gobierno. Los partidos políticos se sostenían más por la personalidad de sus líderes que por sus proyectos de país, y la violencia se convirtió en el instrumento para saldar las diferencias. Las elecciones de 1952 se habían convertido en la esperanza para cambiar la situación. La presidencia del representante del Partido Revolucionario Cubano o Auténtico, Carlos Prío Socarrás — electo en 1948—, seguía en ese círculo de gansterismo y corrupción que caracterizaba la vida pública cubana. Estos actos suscitaban críticas en la prensa y la oposición, destacando en este último grupo Eduardo Chibás, líder del Partido del Pueblo Cubano u Ortodoxo que él mismo había fundado en 1947. A través de las ondas radiofónicas, Chibás denunciaba continuamente la anómala situación política:

[Chibás] con sus acusaciones, semana tras semana, completó de modo efectivo la tarea de desacreditar todas las instituciones políticas que habían sobrevivido en Cuba, describiendo el último gobierno democrático de Cuba como “una escandalosa bacanal de crímenes, robos y mala administración” (Thomas, 1974: 994-995).

Con sus constantes campañas en contra del hacer presidencial y su cohorte, Chibás puso en marcha un movimiento cívico cuyo eje era la ortodoxia, y que parecía ofrecer una fuerte posibilidad de victoria en las elecciones

de 1952. A pesar de su suicidio en 1951<sup>1</sup>, el Partido Ortodoxo siguió en ascenso y con las esperanzas intactas ante los comicios. Pero estos nunca llegaron a realizarse. Fulgencio Batista había regresado a la política nacional en 1948, cuando fue elegido senador, y creó un pequeño partido —PAU— que lo postuló a la presidencia de la República. Pero en 1951, su asociado, Castellanos, alcalde de La Habana, y sus seguidores del Partido Nacional, fueron sobornados por Prío. Batista planteó entonces varias propuestas de alianza al PSP<sup>2</sup>, pero Blas Roca se negó aduciendo que, en una eventual guerra mundial, los comunistas apoyarían a la URSS, mientras que él estaría del lado de los Estados Unidos (Thomas, 1974: 1002). Sus nulas posibilidades lo impulsaron entonces a encabezar un complot militar.

La escasa resistencia del presidente [Prío] —que prefirió partir al exilio—, el hecho de que la mayor parte de los partidos se plegaran al golpe, así como la indiferencia demostrada por vastos sectores de la población, ponían de manifiesto que tras más de una década de experiencia democrática la crisis de la República, lejos de superarse, se había profundizado (Zanetti, 2013: 245).

El nuevo régimen de Batista duró aproximadamente siete años: de marzo de 1952 a diciembre de 1958. En un principio, se declaró leal a la Constitución de 1940<sup>3</sup>, pero en abril de 1952 promulgó un nuevo código constitucional de 275 artículos en virtud del cual se podían suspender las libertades de expresión, de reunión y de prensa. Batista gobernó como presidente, con un consejo consultivo de ochenta miembros, tras disolver el Parlamento y destituir a las autoridades electivas provinciales y municipales que no se sometieron al mando castrense (Guerra y Maldonado, 2005: 36). La burguesía dio su apoyo al nuevo régimen con bastante rapidez (Thomas, 1974: 1025) y, bajo el pretexto de hallar una “solución constitucional”, los partidos tradicionales terminaron plegándose a la dictadura (Zanetti, 2013: 257).

Batista estaba lleno de promesas: iba a respetar los acuerdos internacionales; garantizar la seguridad de todas las vidas y propiedades; cumplir los contratos de obras públicas [...]. Se fortalecería la economía mediante inversiones extranjeras. [...]. “Los dictadores somos el pueblo y yo”, explicaba Batista (Thomas, 1974: 1025).

La labor de Batista durante la década de los treinta prestaba credibilidad adicional a sus palabras, por lo que inicialmente la mayor parte de los ciudadanos reaccionaron con indiferencia (Pérez-Stable, 1998: 98). Además, EEUU y los gobiernos latinoamericanos mostraron complacencia ante el régimen *de facto* (Bonachea y San Martín, 1974: 1). Cuando surgieron las primeras protestas estudiantiles en su contra, a los ojos de la ciudadanía el asunto era visto como la inconformidad de unos pocos. Pero pronto Batista empezó a tener problemas casi a diario con la oposición y depositó su confianza en su astucia personal y en la represión para resolver el desafío y perpetuarse en el poder (Alcántara, 2020). La insurrección comenzaba a gestarse.

## **La oposición**

Fulgencio Batista cometió un error: subestimó el ánimo de una generación de jóvenes cubanos que se cansaron del cinismo político y estaban listos para un nuevo comienzo en el camino hacia la revolución (Bonachea y San Martín, 1974: 9).

Del beneplácito inicial hacia Batista pronto se pasó a la protesta y más tarde, al levantamiento armado. Plantear un relato lineal de esta oposición no resulta sencillo, ya que las siglas y los intereses de unos y de otros se entremezclaron temporalmente y todos tuvieron su papel, tanto principal como secundario, en la lucha contra el régimen (tabla 1).

De forma general, se puede hablar de dos etapas en cuanto a las acciones de la oposición: una inicial, con la organización, crecimiento y equipamiento de un clandestinaje urbano y, posteriormente, la formación, desarrollo y mantenimiento de una guerrilla (Bonachea y

San Martín, 1974: 4). El principal foco de resistencia tras el golpe de Estado estuvo en la Universidad de La Habana, donde la FEU organizó diversas manifestaciones y dio cobertura a trajines conspirativos (Zanetti, 2013: 257). Mientras, entre los ortodoxos y los auténticos también crecían planes de oposición, pero sin objetivos y tácticas comunes.

## Partidos políticos y organizaciones insurreccionales

<b>AAA</b>	Triple A. Fundada en 1952 por Aureliano Sánchez Arango. Organización clandestina financiada por Prío Socarrás
<b>AM</b>	Agrupación Montecristi. Fundada en 1952. Dirigida por Justo Carrillo. Organización clandestina
<b>AL</b>	Acción Libertadora. Fundada en 1952 tras el golpe de estado de Batista; organización clandestina activa en Oriente. Dirigida por Raúl del Mazo
<b>ANR</b>	Acción Nacional Revolucionaria. ARO se convirtió en ANR cuando reclutaron gente de otras provincias entre 1954 y 1955. Fundada por Frank País y Pepito Tey
<b>ARO</b>	Acción Revolucionaria Oriental. Fundada en 1953 por Frank País y Pepito Tey. Organización clandestina
<b>CTC</b>	Confederación de Trabajadores de Cuba. Fundada en 1939. En los cincuenta, dirigida por Eusebio Mujal
<b>DR</b>	Directorio Revolucionario. Fundado en 1955 por José Antonio Echeverría (FEU). Grupo insurreccional estudiantil
<b>DR3-13</b>	Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Nombre adoptado por Faure Chomón y Rolando Cubelas para designar a la guerrilla del DR en el Escambray
<b>FEAP</b>	Federación de Escuelas y Academias Privadas. Fundada en 1955 por Joe Westbrook y Ramón Rodríguez. Tutelados por la FEU, organizaron a los estudiantes de secundaria
<b>FEU</b>	Federación Estudiantil Universitaria. Fundada en 1923 por Julio Antonio Mella para canalizar los cambios en el sistema educativo. En 1955 estaba dirigida por José Antonio Echeverría
<b>FON</b>	Frente Obrero Nacional. Fundado por Frank País en 1957 para movilizar a las clases trabajadoras hacia la huelga general revolucionaria
<b>M26J</b>	Movimiento 26 de Julio. Fundado en 1955 por Fidel Castro y miembros del ANR, de la juventud ortodoxa y de grupos del MNR
<b>MLR</b>	Movimiento de Liberación Radical. Fundado a mediados de los cincuenta por Andrés Valdespino como partido político a favor de la solución pacífica
<b>MNR</b>	Movimiento Nacionalista Revolucionario. Fundado en 1952. Dirigido por Rafael García Bárcena
<b>MRS</b>	Movimiento de Resistencia Cívica. Fundado en 1957 por Frank País como parte del M26J para movilizar a los sectores profesionales. Dirigido por Ángel Santos Buch, Faustino Pérez y Manuel Ray
<b>OA</b>	Organización Auténtica. Organización clandestina fundada por Carlos Prío Socarrás en 1934 para subvencionar una guerrilla urbana. En la década de los cincuenta, su sección de acción y sabotaje estuvo dirigida por Menelao Morales hasta 1955 y financiada por Prío
<b>PAU</b>	Partido Acción Unitaria. Partido político de Batista en 1951
<b>PPC-O</b>	Partido del Pueblo Cubano-Ortodoxo. Escisión del PRC-A, fundado en 1947 por Chibás
<b>PRC-A</b>	Partido Revolucionario Cubano-Auténtico). Fundado en 1934 por Rubén de León, Prío Socarrás y Manuel Antonio de Varona. Presidido por Grau San Martín
<b>PSP</b>	Partido Socialista Popular (partido comunista). Fundado por Julio Antonio Mella en 1925. En los cincuenta, lo dirigían Blas Roca, Juan Marinello, Anibal Escalante y Severo Aguirre
<b>SAR</b>	Sociedad de Amigos de la República. Fundada en 1954 por Cosme de la Torre, un veterano de la Guerra de Independencia, para conseguir una salida pacífica

Tabla 1. Listado de instituciones políticas y organizaciones insurreccionales (Bonachea y San Martín, 1974: xvi-xviii).

Los viejos políticos eran más eficientes peleándose entre sí que articulando una estrategia. Los expresidentes Grau y Prío rivalizaban por obtener el poder sobre el Partido Auténtico. Los temas de un frente unido con los auténticos y la eficacia de una política electoral contra Batista dividían a los ortodoxos (Pérez-Stable, 1998: 98).

Con el transcurso de los días fue ganando fuerza la idea de que el régimen solo podría ser depuesto por la vía armada. En esta línea insurreccional se incluían grupos de muy variada índole, desde la Triple A hasta jóvenes radicalizados que de manera clandestina se adiestraban militarmente en las instalaciones universitarias. El descubrimiento de alijos de armas, una abortada conspiración encaminada a desencadenar un contragolpe militar y otras expresiones de rebeldía, aunque constituían indicios de la beligerancia opositora, todavía no conseguían conmover la conciencia ciudadana. Diversos autores (Pérez-Stable, 1998; Zanetti, 2013) consideran que el punto de inflexión respecto de la movilización social lo constituye el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953. No obstante, para la opinión pública aquella acción quedó silenciada ante la suspensión de las garantías constitucionales<sup>4</sup>. Los profesores Newton Briones y Berta Álvarez coinciden en afirmar que la mirada ciudadana permaneció indiferente hasta el 4 de diciembre de 1955<sup>5</sup>:

Un acontecimiento marcó la fecha del viraje. Jugaban pelota en el estadio del Cerro los dos clubs con más aficionados, el Habana y el Almendares. Los estudiantes se lanzaron con una tela pintada y un letrero que decía: “Libertad para los presos políticos”. Para arrebatárselas, la policía los persiguió. Acorralaron a los estudiantes golpeándolos con vergajos y las culatas de los fusiles. El público se solidarizó chiflando, gritando contra la policía, tirando objetos al terreno, cojines, botellas, latas y vasos. El desigual combate entre estudiantes y policías no solo fue visto por los asistentes al estadio. Los camarógrafos dejaron mirar sus lentes y los televidentes pudieron ver la golpiza. A partir de ese momento el gobierno debió cargar sobre sus hombros un signo de menos. En el combate con los estudiantes había perdido la batalla de la imagen (Briones, 2010).

La violencia televisada en contra de los estudiantes por parte de la policía fue un revulsivo lo suficientemente